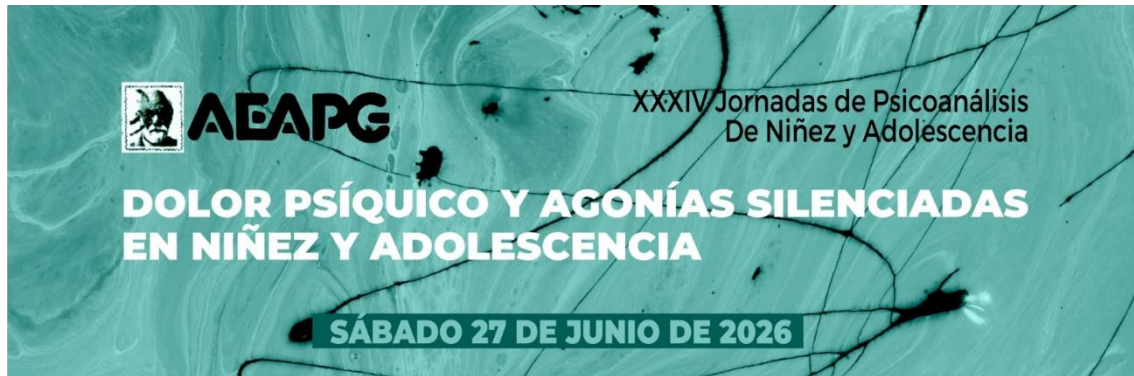




Un espejo hecho de maderas: Juego y constitución subjetiva en las infancias contemporáneas

Lic. Carla Miralles Arbia*

Que los niños y las niñas juegan a ser grandes no es novedad; lo describió Freud hace unos cuantos años atrás. Cualquiera que esté cerca de ellos puede verlo: juegan a la doctora, al bombero, a la almacenera ahora devenido en supermercado, etc. Menciono estos oficios porque son los que están en mi imaginario; a ustedes se les ocurrirán otros.

Hace por lo menos diez años, estando en una isla de Brasil, me quedé fascinada observando a unos niños que jugaban con pequeñas carretillas de madera -unas tenían rulemanes y otras no- todas eran réplicas de las que había visto días atrás al desembarcar en el puerto. Los “carreteiros” —un oficio presente en muchos rincones de Brasil— llevan y traen bolsos, alimentos y diversas cargas, garantizando el abastecimiento de la isla. Volví al puerto para observar el oficio más de cerca y descubrí que se organizan en varios grupos, distinguidos por pecheras de diferentes colores. Dentro de cada facción existen jerarquías propias y redes de apoyo mutuo. El sonido de las ruedas sobre el muelle y los adoquines van marcando la rítmica de sus pasos, su destreza para empujar la carga en las calles, sobre todo en las de arena, es increíble. En ese momento, comprendí de una manera nueva lo que Freud (1907/2012) plantea en su obra *El creador literario y el fantaseo*:

La ocupación favorita y más intensa del niño es el juego [...]. Todo niño que juega se conduce como un poeta, en tanto se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada. [...] El juego del niño está regido por sus deseos; en verdad por un solo deseo, que es el que ayuda a su educación: el deseo de ser grande y adulto. (pp. 127-129)

¿Qué novedad me trajo esta escena de juego? Que los niños no juegan a ser cualquier adulto, sino uno significativo, por el motivo que fuese. En este juego se articulan varias cuestiones: la cultura en la que están inmersos, el lugar de pertenencia que genera un

oficio como acto de filiación y el jugar como el lugar donde un niño va poniendo las cosas de su mundo —aquello que le llega del Otro— en un orden placentero.

Me pregunto cómo se articulan hoy estas cuestiones. En un país donde las fábricas cierran, los trabajadores quedan sin trabajo y otros tienen al menos dos empleos porque con uno no alcanza para vivir. No quiero hacer futurología ni decir que todo tiempo pasado fue mejor. Quiero subrayar el lazo estrecho que existe entre el trabajo de los adultos —al cual Winnicott ubica como una extensión del espacio que ocupa el jugar— y el juego como el lugar donde se va haciendo un niño.

Para que el Otro pueda transmitir un juego que no sea anónimo, que brinde las coordenadas necesarias para que se instale un sujeto en el cuerpo de un niño, una de las condiciones es que sea deseante; por ejemplo, que encuentre en el trabajo alguna realización. Tener un trabajo nos hace parte de la sociedad en la que vivimos, es una de las maneras de visibilizar la existencia. No me refiero solamente a aquellos trabajos que generan gusto por su sola realización, ya que no son muchas las personas en este mundo que tienen ese privilegio, sino que el trabajar permita realizar algo.

¿Cómo se construye algo de esta índole en una realidad que brinda cada vez menos oportunidades de satisfacción? Con miles de adultos desempleados, otros que van y vienen de un trabajo a otro, alienados, que no sienten pertenencia a lo que hacen o que lo que hacen no les alcanza; trabajos precarizados que opacan la existencia.

Cuando el hacer del adulto pierde su "brillo" libidinal, el niño se queda sin ese espejo donde captar un ideal que lo convoque a crecer. Lo que vemos hoy en la clínica y en otros espacios donde transcurre la infancia es que existen relaciones entre la alienación del Otro y las diversas presentaciones del jugar; por ejemplo, la inhibición o el hacer hiperactivo. Esto no implica establecer una relación causal lineal entre precarización laboral y sufrimiento infantil, sino subrayar la estrecha articulación entre las condiciones sociales, vinculares y la constitución del aparato psíquico en la infancia. El juego es el campo donde se constituye un sujeto, y ese campo se encuentra entramado con el discurso de la época y con los modos en que el Otro encarna —o no— un deseo transmisible.

En este punto, la clínica psicoanalítica con niños me enseña la importancia de intervenir acompañando a quienes ejercen funciones de crianza. En muchos casos, el trabajo clínico consiste en posibilitar que madres, padres o cuidadores puedan reconstruir algún lazo subjetivo con su propio hacer, hallando modos singulares de transmitir un deseo no anónimo a sus hijos, es decir que parte de nuestra labor es ayudarlos a descubrir cuál es material con el que construirán el espejo.

Retomando la escena inicial, las carretillas de madera funcionaban como un juguete en este sentido: constituían un espejo identificadorio. Un espejo hecho de maderas, construido con restos de cultura, trabajo y deseo, donde esos niños podían anticipar una inscripción posible en el mundo social.

Autores:

Fundación para el Estudio de los Problemas de la Infancia.

Freud, Sigmund

Winnicott, Donald

Aquellas carretillas no eran objetos anónimos ni meros artefactos de entretenimiento de los vemos que hoy en día abundan. Eran réplicas de un hacer socialmente investido, portaban marcas de pertenencia, de filiación y de transmisión cultural. Los niños no jugaban solamente a trasladar objetos: jugaban a ocupar un lugar posible en el mundo de los adultos. En ese movimiento, unas maderas ensambladas artesanalmente devienen un objeto precioso, capaz de condensar identificaciones, ideales y escenas del porvenir.

Quizás una de las preguntas centrales para pensar las infancias contemporáneas sea entonces ¿qué materiales ofrece hoy nuestra cultura para la construcción de espejos que reflejen el porvenir? Allí donde los adultos sostenemos un hacer atravesado por el deseo, el niño encuentra materiales con los cuales construir ficciones que le permitan constituirse como sujeto en la cultura.

***Carla Miralles Arbia:** Lic. en Psicología UBA, Psicoanalista. Con posgrado en niñez y adolescencia, postítulo en clínica de bebés abordaje en estimulación temprana, diplomada en pediatría social.

Miembro del Centro de Desarrollo Infantil del Municipio de Morón, directora clínica de equipo interdisciplinario Tempo, co-coordinadora del equipo de psicología y psicoanálisis de FEPI, Centro Dra. Lydia Coriat.

Autores:

Fundación para el Estudio de los Problemas de la Infancia.

Freud, Sigmund

Winnicott, Donald